

¿El futbolista como integrante de la clase obrera?

Una aproximación al caso argentino

David Ibarrola

Universidad de Buenos Aires

Resumen

La pregunta que motiva el artículo es si los futbolistas son miembros de clase obrera. La relación entre el futbolista como sector social, y el capitalismo atraviesa todo el trabajo. Situándome desde el punto de vista del materialismo histórico, pretendo abordar esta problemática en el caso argentino, explorando acontecimientos puntuales de la historia de los futbolistas argentinos que forjaron su subjetividad.

Mediante este análisis, intento no sólo aproximarme a la respuesta a la pregunta, sino que espero realizar un aporte para pensar una política socialista respecto a esta temática. Si los futbolistas son miembros de la clase obrera, es indispensable que los partidos revolucionarios adopten una posición clara para este campo ya que el deporte, al fin y al cabo, al ser uno de los grandes negocios mundiales no es ajeno a la tormenta de la crisis capitalista. Al contrario, es otra expresión de la descomposición social que genera la crisis capitalista.

El fútbol es un deporte que apasiona a los argentinos. Tanto en las derrotas como en las victorias se transforma en tema de conversación durante la semana. Cuando un grupo de jugadores ha tenido una temporada exitosa y a la siguiente comienza teniendo una mala racha, en los medios, en las tribunas y en las calles se habla de “aburguesamiento” de los futbolistas. Ya no estarían empujados por la necesidad de destacarse para poder llevar un plato de comida a su casa. Están “salvados”. Son frecuentes las críticas a las mega-estrellas del fútbol mundial al momento de sufrir un traspie deportivo, respecto a la monumental suma de dinero que perciben a diario, como si el alto nivel de ganancia fuera inversamente proporcional a la voluntad o el rendimiento deportivo.

Otros quizás pensarán en los jugadores de las categorías menores que combinan entrenamientos con trabajos en fábricas o en comercios. Que se levantan a las seis de la mañana y llegan por la noche, todo en pos cumplir el sueño de jugar este deporte. O los niños que dejan su infancia y su adolescencia en su pueblo natal y viajan a las grandes urbes a buscar suerte en algún club. Cuando un futbolista muere de un golpe contra los paredones de contención de concreto de las canchas ¿No es similar a cuando un obrero de la construcción cae a un pozo ciego y pierde la vida por no tener las medidas de seguridad necesarias?

Nuestro objeto de estudio es complejo y heterogéneo. Ser futbolista en Argentina tiene una gran relevancia social y dota a los más destacados de una notoria preeminencia social. Pero de entre todos los futbolistas que hay en nuestro país, separados por género, variante del fútbol, nos circunscribiremos específicamente a los futbolistas masculinos “de once”, rama de este deporte de mayor desarrollo e imagen. Más que una cuestión de comodidad o arbitrariedad, este recorte también dice mucho sobre la sociedad en la que vivimos. El capital, esa fuerza poderosa que somete todo a su voluntad es, como sabemos, tremendamente parasitaria. Aquellas esferas de la economía que considera rentables son rápidamente transformadas por esta, mientras que las otras quedan a la deriva sin poder competir con ellas¹. Estos desbarajustes, que se ven en la esfera de la actividad industrial de un país (Lenin, 2008).

No es nada novedoso decir que el capitalismo es parte fundamental en la génesis del fútbol en nuestro país. Algunos autores (Frydenberg, 2011) han vinculado la expansión de dicho deporte al desarrollo urbano de Ciudad de Buenos Aires en los primeros años del siglo XX. La llamada acumulación originaria del capital en Argentina, la llegada del ferrocarril y los inmigrantes de fines del siglo XIX, fueron factores de vital importancia. En los aglomeramientos urbanos que se formaban en los espacios baldíos que dejaba el tendido de las vías del ferrocarril comenzaba emerger la pasión por este deporte. De acuerdo con Frydenberg, el crecimiento de las ciudades, particularmente aquellas con puerto, como Buenos Aires, La Plata y Rosario, se produjo en paralelo con la “democratización” del fútbol. Al mismo tiempo, la clase trabajadora argentina daba sus primeros pasos y sus primeras luchas. Fue un periodo también en que desde el Estado se estimulaba la creación de grupos para practicar deporte, tal es así, que éste cedía terrenos y desarrollaba acuerdos con dichas instituciones, en pos de impulsar este asociacionismo entre población (Daskal, 2010). El comienzo de la proliferación masiva de clubes y la transformación de estos en un polo de atracción para la población tampoco son casuales. Las primeras victorias del movimiento obrero argentino, la obtención de una reducción en la jornada laboral, un espacio mayor para la escolarización, y la reducción del trabajo infantil, tuvieron como resultado un aumento sustancial del tiempo libre de la población trabajadora argentina, que se traduciría en una demanda de espacios de reunión y dispersión. La génesis del fútbol acompaña, entonces, la llamada “moderniza-

ción” de nuestro país, la emergencia y los primeros pasos del proletariado argentino.

Pero el capitalismo de hoy no es el mismo de hace casi cien años. Este modo de producción se encuentra en una gigantesca crisis que detonó hace casi diez años, y el deporte no es ajeno a esto (Vallejos, 2009). Las consecuencias de esta crisis en el fútbol son las mismas que en cualquier otra esfera de la economía: se retrae el mercado, se deteriora la situación de los clubes, se atrasan los pagos de salarios, quiebras de clubes, entre otras tantas cosas. A medida que la descomposición del sistema capitalista avanza, los clubes argentinos se deterioran cada día más, incapaces de escapar a esta tendencia. La relación del capitalismo, otrora motor de su expansión, con el fútbol, se ha revertido. En el medio del caos organizativo de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), ha quedado de manifiesto el vínculo entre el desarrollo capitalista y el provenir de un sector de la población argentina que establece una relación profunda con este deporte. Mientras los dirigentes de la AFA recientemente se aprestaban a entregar los derechos de televisación al capital extranjero, evaluaban la posibilidad de “privatizar”² los clubes, a espaldas de socios y trabajadores del deporte, se sucedían huelgas y pronunciamientos en contra de la “privatización”. Se entiende entonces, que la respuesta a la pregunta que encabeza nuestro trabajo irá trazando vínculos con la relación más general entre fútbol y capitalismo e instará a reflexionar sobre el accionar político sobre esta situación.

Clase obrera y trabajo productivo

Las clases sociales siempre están ligadas a una fase del modo de producción, es decir, a las relaciones que contraen los hombres para satisfacer sus necesidades materiales. Lo que define a la clase obrera bajo el *modo de producción capitalista* es su posición de no propietarios, desposeídos, cuya condición es producto de un proceso histórico en que le fue arrebatado el acceso a los medios de producción. Esta debe someterse al dueño de los medios de producción, la burguesía, para poder reproducir su existencia y la de sus descendientes. Lo que se lleva a cabo es la venta de la fuerza de trabajo del obrero, como una mercancía más, pero creadora de valor. La dominación del capital ha llevado a esta masa a una situación común, con intereses comunes.

Es interesante detenerse en la situación del futbolista. Puede resultar evidente que estos venden su fuerza de trabajo para reproducir su existencia, “viven” de ser contratados por los clubes. Ahora bien ¿Cuál es la expropiación que han sufrido estos para verse obligados a dicha situación? Responder esta pregunta no es algo sencillo, debido a que, en un principio, los jugadores eran efectivamente los fundadores de estos clubes deportivos, y hacían las veces de directivos, socios y financistas³. Esta situación se prolongó hasta la década del veinte, cuando la masividad de los clubes pobló a las instituciones de hinchas que comenzaron a participar en la vida democrática de las instituciones. Este crecimiento también motorizó que muchos de los jugadores ya no fueran socios del club en el que jugaban debido a la enorme movilidad de equipos.

Este proceso erosionó progresivamente esta indiferenciación inicial, alumbrando una complejización en la composición y roles en el seno de los clubes, dando lugar a funciones más especializadas y formalizadas. En principio, en el rol dirigenal se consolidaron los sectores socio-económicos más altos y los profesionales, principalmente debido a su “línea directa” con los niveles del Estado y los potenciales donantes privados, cuando no eran ellos mismos los aportistas. Al mismo tiempo, las instancias asamblearias pasaron a ser instancias cada vez más extraordinarias (Godio, 2011).

Esta situación, como se verá más adelante, se materializará en una serie de conflictos durante el siglo XX y decantará en una situación en la que el futbolista se encuentra separado de los clubes, y debe “venderse” a estos. No parece ser un proceso violento, sino gradual, acompañado de transformaciones en el mundo del deporte. Los límites estrechos del amateurismo comenzaban a ser un impedimento para una actividad que se tornaba en un negocio atractivo.

Hechas estas consideraciones, que a falta de un mejor nombre denominaremos “estructurales”, se abre otra discusión vinculada íntimamente al concepto de *clase*: ¿Qué características debe de tener el trabajo para ser denominado *productivo* según la teoría marxista? Éste es un punto crucial, debido a que la condición para formar parte de la *clase obrera* es realizar un *trabajo productivo*. Marx sostiene que el trabajo productivo es aquel que *produce plusvalía*. Es decir, el trabajo debe de ser asalariado y producir capital productivo, y dicha fuerza de trabajo debe de ser comprada por el capital. Implica una relación históricamente dada. El problema no está en la utilidad o necesidad social de la mercancía producida, ni si ésta adopta un carácter material (Mandel, 1977). Así lo afirma Marx:

Por ejemplo, los maestros de establecimientos educacionales pueden ser simples asalariados del empresario del establecimiento (...) Aunque en relación a los alumnos estos maestros no son trabajadores productivos, lo son en relación con su empleador. Éste cambia su capital por la fuerza de trabajo de ellos, y se enriquece gracias a este proceso. Lo mismo ocurre con empresas tales como teatros, lugares de diversión, etc. En tales casos la relación del actor con el público es la de un artista, pero en relación con su empleador es un trabajador productivo (1974: 347).

A partir de esto, podemos sostener que el futbolista produce una *mercancía no material*: el espectáculo deportivo. Sería un grave error pensar al futbolista únicamente partiendo de una relación unilateral entre éste y quien lo contrata. Por el contrario, el método marxista consiste en pensar la totalidad del proceso productivo. Y al hacer esto se puede dar cuenta que el futbolista sí produce plusvalía, ya que su salario (por más elevado que pueda ser) siempre es inferior a los valores que produce. Para ver esto alcanza con observar los balances anuales de los clubes, en relación a los costos y ganancias en comparación con el ítem de gastos del fútbol. Tomemos en consideración la producción del espectáculo del fútbol en su totalidad y todo lo que esta genera: banderines, remeras, televisión...

Una vez obtenida, tiene que repartirla con capitalistas que realizan otras funciones en el conjunto de la producción social (...) La plusvalía se fracciona, por lo tanto, en varias partes. Sus fragmentos caen en manos de diferentes categorías de personas y asumen formas diferentes, independientes las unas de las otras, tales como la ganancia, el interés, beneficio comercial (...) (Engels, 1975: 173).

Ahora bien, más allá de la posición del jugador en el entramado de estos negocios, ¿Cómo procesa este grupo las “experiencias” de dicha posición? Estas vivencias, heredadas o compartidas, articulan la identidad de sus intereses comunes y contrapuestos a los de otro grupo de hombres. La “experiencia” de formar parte de una clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción a los que los hombres están sujetos. Lo subjetivo y lo objetivo se sintetizan en la noción de *clase* y sólo pueden ser separados de forma artificial, analítica, para fines expositivos.

Las personas no actúan “de forma clasista” en un momento específico, sino a lo largo de un proceso histórico. E. P. Thompson analiza cómo los individuos se comportan de

acuerdo a sus intereses de clase, incluso antes y como condición de que haya formaciones maduras de clase, “con sus instituciones y valores conscientemente definidos en función de la clase” (Meiksins Wood, 2001: 98). Estos elementos, su disposición a comportarse como una clase, su *conciencia de clase*, emergerán como consecuencia de la experiencia común y las conclusiones de la misma. En todo esto también juegan un papel relevante las particularidades históricas y culturales del medio en que se forma la clase.

Entonces, la siguiente tarea será realizar un análisis de distintas situaciones puntuales con el propósito de entender en qué medida la vida de un grupo de seres humanos depende de la entrega de la fuerza de trabajo para la obtención de los medios de vida bajo la forma de salario, en qué lugar del proceso de proletarización se encuentra una determinada fracción de la sociedad, si existen elementos de coacción extraeconómica, entre otras cosas. La desposesión, su posición objetiva, no es el único factor que determina la pertenencia a la clase obrera. Considerando estos enfrentamientos sociales, procesos de lucha, excediendo una visión que se restrinja a una relación entre individuos, permitirá ver a una clase social como una totalidad histórica. Retomando a Iñigo Carrera, “al analizar procesos de enfrentamientos sociales podrá conocerse cuáles de las múltiples relaciones establecidas por los conjuntos de individuos, están en juego en un momento determinado y, por ende, si se están constituyendo en clase.”(2003: 7).

El caso argentino

Luego de que varios conflictos concatenados hayan preparado el terreno, en 1931 una huelga de futbolistas, que incluyó una movilización a plaza de mayo y un pedido de audiencia con el presidente de facto (Uriburu), terminó desembocando en la profesionalización del futbolista argentino (Frydenberg, 1999). Hasta ese momento predominaba lo que se conoce como “amateurismo marrón”, en el cual el jugador cobraba un salario encubierto, generalmente por partido o se le conseguía un trabajo en el Estado, al cual nunca asistía físicamente.

Diversas protestas que exigían la implementación de remuneración salarial por practicar la actividad fueron impulsando la formación de una Asociación mutualista de jugadores para 1929. Los futbolistas convocados para la selección nacional también se sumaron al reclamo y fueron sancionados. Como consecuencia de esto se sumó la amnistía al principal reclamo de los huelguistas que era el “pase libre” (poder negociar dónde jugar sin que haya necesidad de acuerdo entre ambos clubes). Finalmente el arbitraje estatal terminó imponiendo la profesionalización con la intención de desactivar el conflicto y otorgar beneficios a las instituciones, debido a que creía que los jugadores ya no se interesarían por el reclamo del pase libre si sus ingresos eran suficientes. Sin embargo, los dirigentes de los clubes comenzaron a preocuparse por poner un límite al sueldo del futbolista. Ya no podían enarbolar argumentos amateurísticos, cuando durante el marronismo los jugadores pedían aumentos (Frydenberg, 1999). Se habría una nueva etapa.

Esta profesionalización dio comienzo a la era en la cual sólo sirven los resultados (*ganar*), ser *eficaz*. Otros factores debían ajustarse al clima de época, entre ellos la corporalidad. Para lograr satisfacer las necesidades del creciente espectáculo ya no había lugar para la laxitud y la flexibilidad, propias del fútbol amateur. Comenzó a imponerse una disciplina regular de entrenamiento, con el apoyo de los medios que se ocupaban de hacer propaganda sobre el mal estado físico del jugador promedio, en pos de lograr una mayor excelencia. Un rol importante jugaba el Diario *Crítica* que “enfaticaba en sus edi-

toriales la íntima relación entre el éxito deportivo y el *training*” (Frydenberg, 2011:198) y se instaba a los futbolistas a tomar clases de gimnasia.

¿Qué reacción hubo de parte de los jugadores? Disgusto en aquellos que no podían asistir a las mismas por el hecho de que trabajaban también en otros rubros, aunque también rechazo por considerarlo humillante o inútil. Aquellos que no podían entrenar a ese ritmo comenzaron a quedarse atrás, perdiendo competitividad y dificultando el desarrollo de su carrera deportiva. El paso de la ilegalidad a la legalidad en la circulación del dinero dio lugar a una serie de relaciones sociales que implicaron obligaciones para los jugadores. Al comenzar a ver el cuerpo del jugador como una máquina, que debía *rendir* en calidad, aparece la consideración de un profesional como alguien que se dedica concienzuda y racionalmente a la actividad. Los futbolistas presentaron muchas resistencias a este cambio en su rutina que a su vez eran sancionadas en muchas ocasiones por el club. Se puede pensar esto como la expresión de un proceso de racionalización que el futbolista va realizando sobre su propia actividad. El fútbol ya no era tomado como un juego, sino como una profesión.

Años después, en 1948, tuvo lugar otra huelga de jugadores durante el primer gobierno peronista. Seleccione este conflicto, porque en el Fútbolistas Argentinos Agremiados (FAA) intervino enfrentando a la AFA. El conflicto que estalló en Abril de ese año, fue el corolario de una serie de medidas de lucha, como los paros simbólicos desarrollados durante los primeros minutos de los encuentros. Por tanto no fue una noticia que sorprendió a nadie cuando, el jueves ocho de ese mes anunció la suspensión de la primera fecha del campeonato que comenzaba ese fin de semana.

¿El motivo del paro? La antigua reivindicación del “pase libre” venía ahora acompañada de otras cuestiones producto de la nueva situación post-1931 “...sueldos y primas (garantizando un mínimo y eliminando el máximo, fijado unilateralmente por los clubes en \$1500), la apertura del libro de pases, el pago de sumas adeudadas por los clubes a ciertos jugadores” (Frydenberg y Szabón, 2015: 65), junto con un convenio colectivo de trabajo. De estos reclamos, el más significativo era el reconocimiento de la personería jurídica de FAA como su representación gremial frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión. Contra la intransigencia de los clubes, los jugadores redoblaron su organización y su estado de alerta, convocando asambleas extraordinarias. La AFA respondía con amenazas de suspender el campeonato y de rescindir el contrato a aquellos jugadores que se sumasen a la medida de fuerza.

En Julio, se llegó a un punto intermedio: los jugadores levantaron la huelga y los dirigentes se declararon en “sesión permanente” para discutir el régimen de contratación de los futbolistas profesionales, en comisión paritaria con FAA, lo cual fue visto como un gran triunfo de los huelguistas, ya que reconoció a dicha organización como la interlocutora de una de las partes en conflicto. Empero, la esencia del accionar de la AFA era dilatar la cuestión, mientras FAA respondía con amenazas de paro y asambleas. Esta fue la dinámica de la situación hasta Noviembre, cuando los jugadores convocaron a un paro simbólico de un minuto en caso de que no se aprueben los proyectos. Frente a esto AFA declaró que el torneo estaba suspendido, volviendo la medida atrás al ver la reacción negativa del público futbolero. Pero al hacerlo desconoció todos los avances de la negociación comenzada en Abril y a la propia FAA para futuras negociaciones. FAA respondió declarando una huelga para el 10. Los clubes decidieron presentar formaciones alternativas, plagadas de juveniles, para las cinco últimas fechas del campeonato, lo cual generó una caída en la venta de entradas. La intransigencia de las dos partes era evidente: “La AFA, por su parte, rescindió los contratos de los huelguistas, “por culpa de los

jugadores”, aplicándoles duras sanciones, incluyendo su inhabilitación por dos años. Al mismo tiempo, se resolvió crear unilateralmente una comisión para reestructurar el fútbol profesional” (Frydenberg y Sazbón, 2015:70). Ya eran muchos los dirigentes que planteaban la vuelta al amateurismo. Por el lado de los jugadores se organizaban partidos amistosos públicos, que llamaban la atención de la población y de los medios.

Ya en Febrero de 1949 las partes se fueron acercando: la AFA levantó las inhabilitaciones. En Abril se logró destrabar el conflicto: se reconoció a FAA, se le otorgó personería jurídica, se puso un máximo de tres años de contrato y se firmó el convenio colectivo de trabajo, que otorgaba un sueldo mínimo, pero se mantuvo una cláusula del tope de salarios máximos. Esto último provocó que casi cien futbolistas migrasen hacia otras ligas donde esta traba no exista, entre ellas muchas figuras. La AFA los expulsó por incumplimiento de contrato.

La selección de estos dos puntos de la historia de los futbolistas argentinos obedece a su consideración como momentos determinantes en la historia de su lucha reivindicativa y en la constitución de su identidad como colectivo. Hay un hilo de continuidad entre ambos conflictos: la lucha de los huelguistas por la libre contratación. La existencia de una representación gremial que los aglutine en el medio habla de un fuerte salto de calidad organizativa y permite pensar la Asociación Mutualista como un antecedente directo de las FAA. El problema de la libre contratación no es un tema menor: algunos autores (Frydenberg y Sazbón, 2015) aseguran que con esto los futbolistas buscaban ser tratados como iguales, rompiendo la relación paternalista que los clubes tenían con ellos. Estos buscaban controlar a los futbolistas, los cuales eran considerados su principal activo económico. Además sentían que esto era lo correcto, argumentando todos los gastos de formación que implica un deportista profesional. Los dirigentes en el 48’ se anotaron un triunfo ya que no otorgaron esta concesión.

Como sabrá el lector estas no fueron las únicas luchas de los futbolistas a lo largo de su historia. Recién en 1971, mediante otra huelga, se logró el cumplimiento del “Estatuto del Futbolista Profesional”. Hay que rescatar que en dicha circunstancia, como “represalia” el ente mayor de nuestro fútbol y los presidentes más importantes, Kent y Armando decidieron presentar equipos de juveniles (que habían reemplazado a los huelguistas) el resto del campeonato. Sin embargo cuando sus clubes, River y Boca se enfrentaron, solo el primero presentó una formación juvenil, resultando sin embargo igualmente vencedor.

Ya sea en defensa de su convenio, ante amenazas de anularlo o frente a la agresión sufrida por algún futbolista, las últimas décadas estuvieron regadas de luchas reivindicativas. En 1975 River Plate logró ser campeón tras 18 años. Cuando estaba por disputarse el partido definitivo estalló una nueva huelga: el motivo eran las modalidades contractuales. Los futbolistas luchaban, otra vez, por tener el pase en su poder, tras concluir su relación contractual con el club. La situación era grave, ya que el club además, no toleraría otro fracaso deportivo (no ser campeón). La historia cuenta que un grupo de pibes, que la mayoría luego no logró trascender en su carrera, venció por 1 a 0 a Argentinos Jrs. en la cancha de Vélez, con gol de Diego Bruno. Los memoriosos cuentan que en el partido siguiente, el del festejo, los jugadores profesionales, un plantel de experimentados, maltrato y acusó a los jóvenes de haberlos “tirado al bombo”.

¿Qué es lo que se pudo observar en este breve recorrido histórico? La progresiva formación de un grupo de individuos con intereses comunes. Siguiendo sus luchas vemos como experimentaron su situación objetiva de clase, obrera, y se constituyeron como tal.

Al factor objetivo se le sumo la experiencia y su asimilación en tanto fracción de la clase trabajadora argentina. Como un pasado común, heterogéneo, coloreado por amateurismo, el marronismo, las asociaciones civiles sin fines de lucro y el amor por el juego, tuvieron un rol importante en este proceso. Esta igualdad entre dirigente-hincha-jugador-socio de la que habla Frydenberg (2011), que dio lugar a relaciones personales entre deportistas y directivos, sumado a los vínculos emocionales que atan a las personas a las instituciones deportivas son parte del acervo común en el que un grupo de individuos, se fue configurando en parte de una clase social. Este es el sentido que Thompson le da a la cuestión:

...las determinaciones objetivas -la transformación de las relaciones de producción y las condiciones laborales- nunca se imponen sobre cierta materia prima indiferenciada de la humanidad, si no sobre seres históricos, los portadores de los legados históricos, las tradiciones y los valores" (Meiksins Woods, 2001: 109).

Se puede pensar entonces a los futbolistas como parte de esta clase social.

A modo de cierre

A pesar de ser visto por la mayoría como un entretenimiento, el campo del fútbol no deja de reflejar todas las contradicciones y la descomposición social del capitalismo, su crisis. Si el fútbol en tanto espectáculo es un mercancía como cualquier otra, el enfoque adecuado para entender este problema es tomar al fútbol como una unidad económica, una mercancía "...cuya principal función es la de generar plusvalía como producto mercantilizado. (...) un eslabón dentro del capitalismo monopolista que se esfuerza por crear permanentemente nuevos mercados y expandir así el rendimiento económico..." (Gil, 2000: 1). No se debe caer en el error de centrar la mirada en el fútbol como un reproductor de la ideología burguesa, como ilustra Sazbón (2011) cuando comenta las posiciones de Mumford o Parry quienes lo entienden como actividades distractivas de posibles levantamientos políticos o Brohm que plantea el deporte como una correa de transmisión de valores asociados al mercado, que valen también para este, como la competencia, el self-made-man, etc. No se trata de que el fútbol se "vuelve" en contra de los intereses del proletariado, sino de que las mercancías en general se vuelven contra quien las produce. Pensar así permite analizar el problema del fútbol como un problema más del capitalismo y no tomarlo de forma aislada evitando pensar que la cuestión es inherente al propio deporte. Nada es malo o bueno per se, sino que su contenido y forma están íntimamente vinculados con las relaciones sociales de producción. En un período de más de cien años hemos pasado de la creación esforzada de jóvenes y trabajadores de espacios de recreación bajo el formato del asociacionismo no lucrativo⁴, al funcionamiento actual de gran parte de los clubes como cuasi-empresas, poblados de gerentes, lugar de negociados para los capitalistas del fútbol y plataforma de lanzamiento para futuros políticos patronales (Hijos, 2013). Los principios de asociación, bien común, sociabilidad, democracia e integración propios de los clubes fundados a fines del siglo XIX y principios del XX (Frydenberg, 2001) inevitablemente se iban a encontrar en su camino con la potencia social y económica del capital. ¿Cuál fue el resultado de esta conflagración? El profesionalismo, los sponsors, la intervención científica de los cuerpos, las giras internacionales en tierras lejanas, la compra-venta de menores... los resultados están a la vista. Este fenómeno no responde a otra cosa que a la tendencia del capital a penetrar y controlar sectores que no administraba ni influía de forma directa, transfor-

mando todas las actividades en fuentes de lucro (Heller, 2016). El capital tiende a invadir todos los ámbitos de la vida económica y social. La única forma de terminar con esta realidad invertida en donde la mercancía en tanto producto se vuelve contra su productor, es organizando la sociedad bajo los intereses del proletariado. Solo así el sujeto se reconciliará con el objeto, el productor con el producto.

Ahora bien el panorama del fútbol nos insta a pensar en una intervención socialista en la temática. Ya los primeros partidos obreros habían tenido el desafío de afrontar muchos de los acontecimientos narrados en este artículo. Tanto el Partido Socialista (PS) como el Partido Comunista (PC) intervinieron en el asunto atacando la mercantilización y desarrollando sus propias ligas amateurs, promoviendo prácticas vinculadas a formar una “cultura obrera” (Guiamet, 2013; Camarero, 2011). La comparación, pese a la enorme diferencia temporal, es útil. El deporte hoy se encuentra infinitamente más mercantilizado que entonces ¿Cuáles son las consignas que el partido del proletariado debe levantar hoy? ¿Debe intervenir en la lucha reivindicativa de los jugadores, que como vimos, han construido sus instituciones laborales? ¿Acaso deberá trazar una distinción entre los contratos millonarios y los jugadores de las últimas divisiones? Las explosiones de la crisis capitalista son y serán espectaculares, ya que “no pueden dejar de expresar ahora lo que corresponde a un periodo de agotamiento histórico” (Rieznik, 2015: 14). No hay duda que varias de esas propuestas pueden combinarse para dar forma a una política obrera y socialista para el fútbol. Los revolucionarios deben preguntarse si quieren un deporte amateur o consideraran al futbolista como un trabajador, implicando esto que esta sea su medio de vida.

No se le escapa al autor de este artículo que, según la teoría marxista, las clases sociales se definen en relación a otra. En el modo de producción capitalista, las dos principales clases son el proletariado y la burguesía. ¿Existe un antagonismo de este tipo entre el futbolista y quien lo contrata? Esta pregunta no es sencilla. A lo largo de la historia también hemos visto a los dirigentes de los clubes sancionando, extorsionando y tratando de frenar la organización de los futbolistas. Hablando de los futbolistas como un activo económico del club, argumentando los gastos de formación, pero a la vez apelando al pasado amateur del fútbol, cuando estos cruzaban una línea que afectaba sus intereses como representantes electos de los clubes. O aliviándose cuando se sacaban de encima a los más “revoltosos”, con la intención de “controlar el vestuario” (Macri et al, 2009) y acusándolos de “corporativos” (Godio, 2011).

El tema no se agota aquí. No hay que dejar de tener en cuenta que, en Argentina, quien contrata lo hace en nombre de una asociación civil sin fines de lucro. Esto implica que los dirigentes electos no perciben un salario por su actividad, la cual, en principio, no es su medio de vida. Aun así, estas entidades están igualmente sometidas a los vaivenes de la economía como cualquier otra unidad económica. Deben contratar personal y despedirlo, pedir préstamos bancarios, etc. El espectáculo del fútbol hace varias décadas ha adoptado un carácter mercantil. La especialización, los profesionales técnicos, van ganando cada vez más poder en los clubes, empleando las técnicas y directrices aprendidas en las mejores escuelas de negocios, incluso rompiendo con la tradición de no percibir un salario por su actividad. En síntesis, no solo no parece ser una tarea tan sencilla determinar qué es lo que aparece oponiéndose a los trabajadores/futbolistas, sino que también suma un nuevo tópico de reflexión para los socialistas: como intervenir desde el punto de vista dirigencial en los clubes, en el marco de recientes experiencias societarias progresistas como Boca es Pueblo o la recientemente creada Coordinadora del Hinchista.

Comenzando por una simple pregunta, en el curso de su respuesta por la afirmativa, me he encontrado con la necesidad de abrir y complejizar otras, que quedaran pendientes para próximos trabajos. La muerte de un futbolista en el ejercicio de su profesión (con una vida útil hasta poco más de los 30 años, que gana muy poco dinero, que seguramente ha pospuesto completar su trayectoria educativa, expuesto a todos los males que abundan en nuestro fútbol, por el sencillo hecho de que quienes administran este deporte no pretenden gastar ni una moneda de más en medidas de protección) es una muestra más del abandono social al que somete el capitalista al conjunto de los explotados. Gómez⁶, Ortega⁷, y muchos otros también son víctimas del sistema capitalista.

Notas

¹ Sobre el vaciamiento de las ligas femeninas, ver <https://www.minutouno.com/notas/1490290-niunamenos-el-futbol-jugadoras-denuncian-discriminacion-la-afa>.

² En nuestro país los clubes se organizan bajo el formato de asociaciones civiles sin fines de lucro. Los intentos de transformar a los clubes en SAD, un formato jurídica comercial, rompería con esta tradición centenaria y habilitaría de un modo abierto el ingreso de capitales privados, rigiendo las instituciones por posesión de acciones y no por criterios democráticos (un socio, un voto). Estos intentos, que salieron del mundo de los clubes, para llegar a los distintos parlamentos, fueron frecuentes sobre fines del siglo XX y en los últimos años (Daskal y Moreira, 2017)

³ Al respecto Marx agrega “Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase.” (Marx, 1987:136).

⁴ Esto es en la mayoría de los casos, aunque es necesario mencionar equipos que eran fundados con el estímulo de las patronales, con el propósito de enfrentar grupos de obreros y generar sentimientos de identificación con la empresa. Esto, a juzgar por lo señalado por autores que han trabajado períodos históricos similares, parece ser una práctica de alcance mundial (Wheeler, 1978).

⁵ Formato jurídico que reglamenta cargos ad honorem y obliga a reinvertir las ganancias de la asociación, en este caso el club, en su propio patrimonio.

⁶ Ver Prensa obrera “Sobre la muerte de Cristian Gómez”, 28/5/2015

⁷ <http://canchallena.lanacion.com.ar/1832432-en-el-ascenso-todo-sigue-igual-tras-la-muerte-de-ortega-en-mayo-cinco-jugadores-chocaron-contra-paredones>

Bibliografía

Camarero, Hernan (2011) “El Partido Comunista argentino y sus políticas en favor de una cultura obrera en las décadas de 1920 y 1930” en Pacarina del Sur, Revista de pensamiento crítico latinoamericano, Vol. 2 (abril).

Carcanholo, Reinaldo (2013) “La categoría marxista de trabajo productivo”, en Economía y Desarrollo, Vol. 149, No. 1 (enero-junio).

Daskal, Rodrigo (2010) “Clubes, deporte y política en el honorable consejo deliberante de la ciudad de Buenos Aires (1895-1920)”, en Julio Frydenberg y Rodrigo Daskal (eds.) Fútbol, historia y política, Buenos Aires: Aurelia Libros.

Daskal, Rodrigo y Moreira, Verónica (2017) Clubes argentinos. Debates sobre un modelo, San Martín: UNSAM Edita.

Engels, Friedrich (1975) Anti Duhring, Buenos Aires: Cártao.

Frydenberg, Julio (1999) “El nacimiento del fútbol profesional argentino: resultado inesperado de una huelga de jugadores”, en Revista digital Educación Física y Deportes, No. 17. Recuperado de <http://www.efdeportes.com/efd17/futpro.htm>

____ (2001). “La crisis de la tradición y el modelo asociacionista de los clubes de fútbol argentinos. Algunas reflexiones”, en Revista digital Educación Física y Deportes, No. 19. Recuperado de <http://www.efdeportes.com/efd29/asoc.htm>

____ (2011) Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización, Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

Frydenberg, Julio y Sazbón, Daniel (2015) “La huelga de jugadores de 1948”, en Raanan Rein (comp.) La cancha peronista: Fútbol y política (1946-1955), San Martín: UNSAM EDITA; Israel: Tel Aviv University.

Gil, Gastón. (2000) “Monopolio televisivo y ‘gerenciamiento’: el fútbol como mercancía”, en Revista digital Educación Física y Deportes, No. 26. Recuperado de <http://www.efdeportes.com/efd26a/futbolm.htm>

Godio, Matías (2011) “Los clubes de fútbol y sus dirigentes. Un campo de fuerza de las formas experimentales

del poder y la política en Argentina.” en Matías Godio y Santiago Uliana (comps.) Fútbol y Sociedad: Prácticas locales e imaginarios globales, Buenos Aires: EDUNTREF.

Guiamet, Javier (2013) “Los socialistas argentinos frente a la profesionalización del fútbol”. Recuperado de <http://cdsa.academica.org/000-010/990.pdf>

Heller, Pablo (2016) Capitalismo zombie: crisis sistémica en el siglo XXI, Buenos Aires: Editorial Biblos.

Hijós, Nemesia (2013) “El deporte como mercancía: un estudio sobre la dimensión económica y las múltiples lógicas en el Club Atlético Boca Juniors”. Tesis de licenciatura inédita. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.

Iñigo Carrera, Nicolás (2008) “El concepto de clase obrera”, en Revista de Estudios Marítimos y Sociales, Vol.1.

Lenin, Vladimir (2008) El imperialismo, fase superior del capitalismo, Buenos Aires: Ediciones Libertador.

Macri, Mauricio, et al. (2009) Pasión y gestión, Buenos Aires: Aguilar.

Mandel, Ernest (1977) La formación del pensamiento económico de Marx de 1843 a la redacción del Capital, Madrid: Siglo Veintiuno editores.

Meiksins Wood, Ellen (2001) Democracia contra capitalismo: La renovación del materialismo histórico, México DF: Siglo veintiuno.

Marx, Karl (1970) Contribución a la crítica de la economía política, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

___ (1974) Teoría de la plusvalía, Buenos Aires: Cártago.

___ (1987) La miseria de la filosofía, Buenos Aires: Cártago.

___ (2010) Manuscritos de economía y filosofía, Madrid: Alianza.

___ (2010) El Capital, Madrid: Siglo Veintiuno editores.

___ (2010) El XVII Brumario de Luis Bonaparte, Buenos aires: Longseller.

Rieznik, Pablo (1998) “Trabajo productivo, trabajo improductivo y descomposición capitalista”, en En Defensa del Marxismo, No. 21 (agosto-octubre)

___ (2015) La pereza y la celebración de lo humano y otros escrito, Buenos Aires: Biblos.

Sazbón, Daniel (2011) “Fútbol y ciencias sociales: problemas e intersecciones”, en Matías Godio y Santiago Uliana (comps.) Fútbol y Sociedad: Prácticas locales e imaginarios globales, Buenos Aires: EDUNTREF.

Thompson, Edward (1977) La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona: Editorial Laia.

Vallejo, Pablo (2009) “El deporte y la crisis mundial”. Recuperado de

<http://www.efdeportes.com/efd131/el-deporte-y-la-crisis-mundial.htm>

Wheeler, Robert (1978) “Organized Sport and Organized Labour: The Workers’ Movement”, en Journal of Contemporary History, Vol. 13 (abril).